

La Habana, creciendo hasta alcanzar en el tercer cuarto del siglo unos 75,000 habitantes, se extiende hacia el sur y el oeste, rebasando ya, prácticamente, las murallas; se multiplican intramuros los edificios de dos altos; las obras públicas y privadas suscitan la intervención de maestros de cierta experiencia y reputación — algunos titulados arquitectos — cuyos nombres de vez en cuando nos transmiten los documentos contemporáneos: Ignacio José Balboa, José Arcés, José Quirós, José Perera, Felipe Camacho, Antonio Fernández Trevejos, Pedro de Medina, etc. Los magnates del azúcar, del tabaco, del café y del ganado, construyen o reconstruyen sus palacetes de piedra, que se levantan como sendos jalones a lo largo de las estrechas calles, entre las más modestas viviendas de la época anterior, muchas de tapia, y algunas, posiblemente, aun de tabla y guano. Pero prefieren las plazas públicas — la plaza de Armas, la plazuela de la Ciénaga, la plaza de San Francisco y la plaza Nueva — por su mayor desahogo, y por la posibilidad prontamente realizada, de erigir a expensas de aquéllas los amplios y frescos soportales que el clima hacía tan convenientes. Las sucesivas solicitudes de licencia para reedificar o levantar "de dos altos" las casas de la entonces aristocrática plaza Nueva (más tarde Vieja), indican que allí por lo menos, las residencias de la élite pronto formaron un cerco homogéneo en torno de la plaza.



Nueva
11-12
 La aureola nobiliaria que históricamente enaltece a estas casas, habitadas en un tiempo por el Conde de Jaruco, el Conde de Lagunillas, la Marquesa de la Real Proclamación, el Marqués del Real Agrado, el Marqués de Arcos, etc., no ha podido impedir que, alejadas de día en día en barrios que dejaban de ser residenciales, hayan llegado a nosotros dedicadas mayormente a almacenes y casas de vecindad, raras veces sin alteración, aunque complementándose unas a otras en sus elementos originales.

El soportal, si lo hay, está constituido casi invariablemente por una anchurosa arcada de medio punto apeando sobre columnas toscanas; correspondiéndole, en el piso alto, los grandes vanos — a menudo arcos también — de una loggia o de otros aposentos de recibimiento o vivienda. La gran portada de ingreso, monumentalizada por contraste con los pequeños vanos laterales de la planta baja y, generalmente, del entresuelos, se exorna con una rica modenatura sinuosa, típica del barroco gaditano, y aun a veces recibe columnas o pilastras flanqueantes. Con la multiplicación de las residencias de alto, desarróllase y refínase el balcón, corrido en el principal, aislado en el entresuelos, conjugando entre sí sus ricas formas de madera torneada. Volados sobre las extremidades de las vigas del piso inferior, y cubiertos por el tejado que avanza apoyado sobre los pies-derechos de la balaustrada, ofrecen estos dos grandes balcones del setecientos un marcado contraste en importancia, composición y elaboración con los toscos balconcillos de la época precedente; mientras que, arqueológicamente, plantean un interesante dilema: ¿Derivan acaso de las lejanas solanas del norte de España — con la que guardan mayor semejanza — o de las galerías leñosas gótico-moriscas de los patios castellanos y andalu-

ces, más cercanas, pero de distinta aplicación y carácter? (1). De todos modos, estos grandes balcones no constituyen injertos aislados en la residencia contemporánea; con ellos se compaginan las macisas portazas claveteadas, las hermosas rejas y cierres torneados — verdaderos palcos abiertos sobre la calle, — los gruesos barandajes de escalera, los ingeniosos artesonados de los techos, amén de otros elementos secundarios, en que los maestros contemporáneos aprovecharon hasta el límite las posibilidades de las excelentes maderas criollas, y añadieron movimiento y colorido a nuestro barroco colonial, privado de la riqueza de la piedra labrada.

Interiormente, alcanza en estas casas el patio su máximo desarrollo, del que declinará más tarde por consideraciones de espacio y costo. Circundado de arcadas en los mejores ejemplares — verdadero patio claustral — constituía no sólo el agente fundamental de la iluminación y ventilación de la casa — cuyos diversos aposentos se agrupaban en su torno— sino el foco de la vida doméstica. Así, aun en el actual estado de abandono, su mera contemplación, a través de los marcos sucesivos que le ofrecen la gran portada principal, los arcos mixtilíneos del anchuroso zaguán, y los medios-puntos de las galerías, con su fuente central y tiestos de flores, despierta en el viandante un vivo sentimiento de intimidad y refrigerio.

En resumen, aunque podamos referir aisladamente los distintos componentes de esta pintoresca arquitectura doméstica a determinados prototipos Peninsulares, no se trata de una trasplatación literal y arbitraria, sino de una selección y revisión total e inteligente, de acuerdo con las condiciones ambientales: el clima, severamente cálido, pero atemperado por una brisa fresca y persistente; la vida sedentaria de la familia, que comportaba amplios lugares de estar, órganos adecuados para comunicarse con el mundo exterior, que apenas frecuen-

taba; y la abundancia de excelentes maderas criollas. Así, una composición independiente, una distinta proporcionalidad, y un carácter propio, permiten afirmar que nos hallamos frente a un producto, si modesto, enteramente nuevo, genuinamente cubano...

(1) Ejemplos del segundo caso hallaremos en el patio de la "Posada de la Sangre" en Toledo; en el de la casa conocida por "del Chapiz", en Granada; en el Patio de los Cipreses de la Alhambra, etc.

